Vellisto Pellso

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

VELLIDO DÓLFOS,

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS

POR

D. Manuel Breton de los Herreros.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

DOÑA URRACA.
RAMIRA.
EL REY DON SANCHO II.
EL CID.
VELLIDO DÓLFOS.
DON ARIAS GONZALO.
DON DIEGO ORDOÑEZ.
PEDRARIAS.
ALVAR FAÑEZ.
FORTUN.
FROILA.
CABALLEROS. SOLDADOS.

La escena pasa en Zamora y su campo. Año 1072.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Sala del palacio de doña Urraca en Zamora.

ESCENA PRIMERA.

VELLIDO. RAMIRA.

VELL. Locura es mi pasion; yo lo confieso,
pero es mi bien, mi vida esta locura.
Hidalgo pobre, campeon oscuro,
no puedo yo esperar la gloria suma
que á príncipes tan solo y ricos hombres
es dado ambicionar; mas por ventura
¿se aprende entre las ásperas montañas
do tosca y libre se meció mi cuna,
se aprende entre el furor de los combates
á vencer un amor que al alma adula,
y á no llevar el hombre sus deseos
mas allá que su nombre y su fortuna?
¡Adorar á una infanta de Castilla,
á quien Zamora llama reina suya...!
¿Por qué no, si esa infanta, si esa reina
prodigio es de valor y de hermosura,
y ojos para mirarla dióme el cielo
y altivo corazon donde se esculpa
su grata imágen con buril ardiente
que al hielo desafie de la tumba?
¿Por qué..., cómo no amarla si en su rostro
al celeste esplendor que me deslumbra
hoy adverso destino los encantos
de lágrimas dolientes acumula?
Blanco infelice de opresion tirana,
de alevosa ambicion víctima injusta,

llora enemigo atroz al propio hermano
que acarició no ha mucho su ternura.
Los vínculos sagrados de la sangre
rompe don Sancho con horrenda furia
y en vez de protegerla con su escudo
contra débil muger la lanza empuña.
No bastan á su bárbara codicia
Castilla y Portugal, Leon y Asturias:
no basta despojar á sus hermanos
de la herencia paterna y que sucumban,
Alfonso mendigando el pan de un moro,
preso Gracía y olvidado en Luna;
que tambien á dos míseras princesas,
sangre suya las dos y prole augusta
del gran Fernando cuyo nombre infama,
la escasa dote sin rubor usurpa.
Hermosa, y noble, y perseguida y sola,
el que no la idolatra, ese la injuria.
En vano ya los ojos y los labios
se niegan á mostrar la llama oculta.
No mas callar. Martirio es el silencio.
Hoy, Ramira, mi fallo se pronuncia.
Hoy sabrá que la adoro, aunque á sus plantas
el rayo de su enojo me confunda.

RAM. ¡Funesta ceguedad! ¡Triste Vellido!
¡Tú amar á doña Urraca! ¡A tanta altura
alzar el temerario pensamiento!
¡Oh! Vuelve en tí y á la razon consulta.
Huye el peligro. Si arrostrarle es gloria,
tambien alguna vez gloria es la fuga,
y si amor es de amor la medicina,
tambien la ausencia sus heridas cura.
Lejos de esa sirena encantadora
romperás la cadena que te abruma,
y quizá de otra cándida doncella
bendecirás ufano la coyunda.
¿Es sola esa muger bella y donosa
del Duero y del Pisuerga en las llanuras?

VELL. Es la muger que adoro, y no te canses,
prima, que tus consejos me importunan.

¡Que escuche á la razon, y es mi verdugo!
Corazon como el mio no ama nunca,
ó es su amor frenesí. Busco mi muerte,
dirás: y ¿qué es la vida en tal angustia?
¿No es mejor apurar de un solo trago
el cáliz de mi negra desventura?
En buen hora me mate su desprecio
antes que lenta fiebre me consuma.
Sabrá á lo menos que por ella espiro,
y este consuelo llevaré á la tumba.

RAM. ¿Quién de tu pecho indómito creyera
tanta flaqueza!

VELL. Sí; la frente ruda,
que por ella cubrí de duro yelmo
y no supo doblarse á otra ninguna,
marcada con el sello del esclavo
yo arrastraría por la tierra inmunda
si ella me lo mandara; que ella sola
puede domar mi condicion adusta.
¡Ella! No hay mas virtud, no hay mas deleite,
mas mundo para mí. Grata ó sañuda,
ella ha de ser el angel que me salve,
ó ha de abrir el infierno en que me hunda.

RAM. Sea. Tú la hablarás y plegue al cielo
que mis tristes presagios no se cumplan.
Te avisaré. Conviene prepararla...
Ya sale. Huye de aqui. (*Desaparece Vellido.*)
Loco: no hay duda.

ESCENA II.

DOÑA URRACA. RAMIRA.

D.ª URR. ¿Con quién hablabas, Ramira?

RAM. Con Vellido mi pariente,
soldado fiel y valiente
que arde en generosa ira
contra tu hermano insolente.
Vasallo fue de Fernando
y, como bueno, execrando

de don Sancho la agresion,
ha consagrado á tu bando
la espada y el corazon.
Viéndote oprimida y triste,
de su menguada fortuna
come, cabalga y se viste,
y sin soldada ninguna
con treinta lanzas te asiste.

D.ª URR. ¿Cómo has dicho que se llama?

RAM. Vellido Dólfos.

D.ª URR. Su nombre
jamas oí ni su rama.
No debe de ser rico-hombre
ni caballero de fama.

RAM. Él honrará su pavés
con tu ayuda y la de Dios,
que en la guerra, tú lo ves,
fama adquieren mas de dos...
y la pierden mas de tres.

D.ª URR. No en vano mi gracia implora;
basta que sea tu deudo;
pero, sitiada en Zamora,
¿con qué merced, con qué feudo
le puedo premiar ahora?

RAM. Si una audiencia le concedes,
y hacerlo, señora, puedes
sin mengua de tu decoro,
no te pedirá mercedes
que desangren tu tesoro.
Solo desea en tus manos
renovar su juramento,
que oyeron los zamoranos,
de dar el último aliento
combatiendo á tus tiranos.

D.ª URR. ¡Estraño desinterés!
No le imitan muchos grandes.

RAM. Es un rudo montañés;
mas como tú se lo mandes,
se dará muerte á tus pies.

D.ª URR. ¿Tanta virtud hay en mí?

RAM. Ó en él tanto frenesí.
D.ª URR. ¡Singular idolatría!
RAM. Él es capaz, á fé mia,
de hacer prodigios por tí.
D.ª URR. ¿Y sin ningun galardon...?
RAM. Como á un ángel sobrehumano
te adora su corazon.
D.ª URR. ¿Y no hay nada de profano
en esa supersticion?
RAM. Solo Dios sabe lo oculto;
mas tanta distancia veo
entre los dos... ¡Oh! No creo
que contamine su culto
ningun liviano deseo.
D.ª URR. Pues le retratas asi,
debo alejarle de aqui;
que su amor, una de dos;
si divino, ofende á Dios;
si humano, me ofende á mí.
RAM. ¡Ofenderte! Tal no piensa.
¿Y cuándo el amor ha sido
calificado de ofensa?
¡Tanta fé, pobre Vellido,
y tan cruel recompensa!
D.ª URR. Cierto que es temeridad...
RAM. Le disculpa su rudeza.
D.ª URR. Si no fuera liviandad,
tendria curiosidad
de oir...
RAM. (Bien. Asi se empieza.)
D.ª URR. ¿Qué dices?
RAM. (Picarla ahora
quiero.) Aunque es duro ese no,
la prudencia le dictó,
y tú penetras, señora,
lo que no alcanzaba yo.
D.ª URR. Tus consejos necesito,
que injusta no quiero ser;—
y al fin, si bien lo medito,
ó no es delito el querer,

ó es venial ese delito.

RAM. (Cederá.)

D.ª URR. Si nada espera,
¿puedo impedir que él prosiga
amando de esa manera?

RAM. No es lo malo que él te quiera,
sino...

D.ª URR. ¿Qué?

RAM. Que te lo diga.

D.ª URR. No me habias anunciado
que él pueda ser tan osado.
Me engañas, ó no te entiendo.

RAM. Esto es hablar suponiendo
que yo me haya equivocado.

D.ª URR. Yo, que deseo ganar
renombre de popular,
sentiré que se me tilde
de que me niego á escuchar
ni al vasallo mas humilde.—
¿No decias que su amor
era un culto reverente...

RAM. Tal lo creo, salvo error,
pero tú seguramente
lo definirás mejor.

D.ª URR. Pues bien; hablarle no quiero.
Ya mitigará su pena.

RAM. Eso es lo que yo no espero.

D.ª URR. Pues ¿qué hará?

RAM. Tirarse al Duero
ó colgarse de una almena.

D.ª URR. ¡Jesus me valga! ¡Qué horror!
¡Morir el cuitado asi!

RAM. Él lo tendrá á mucho honor.
Es tu vasallo en rigor
y debe morir por tí.

D.ª URR. Si maldiciéndome espira,
temeré de Dios la ira,
no podré dormir en calma...
¡Ah! No quiero yo, Ramira,
que por mí se pierda un alma.

RAM. ¡Y por una eternidad!
Pero... tu condescendencia...
D.ª URR. Ya es un acto de piedad.
Repugna á mi vanidad,
mas lo exige mi conciencia.
RAM. (¿No dije...?) A anunciarle voy
que te ha movido su ruego
y le das audiencia hoy.
D.ª URR. Como dama, se la niego;
como reina, se la doy.

ESCENA III.

DOÑA URRACA. RAMIRA. PEDRARIAS.

PED. Señora...
D.ª URR. Irás despues.—Entrad, Pedrarias.
¿Qué me anunciais?
PED. Del enemigo campo
para hablaros de paz un mensagero
seguro os pide á nombre de don Sancho.
D.ª URR. ¡Paz! ¡Venturosa paz! ¿Quién la desea
como yo? Tiempo es ya de que el escándalo
tenga fin de esta guerra fratricida.
Deponga su furor mi ciego hermano,
y de tantas injurias olvidada
yo le abriré mis cariñosos brazos.
PED. Tambien Zamora por la paz suspira,
pero paz con honor; y honroso pacto
nunca al débil ofrece el poderoso.
D.ª URR. Dios puede mas, y al corazon acaso
del ambicioso príncipe desciende
la luz de su justicia. Ya al heraldo
deseo ver. ¿Quién es?
PED. Grande es su fama.
No hay adalid en el real contrario
de mas subido prez. Los leoneses
le llaman el soberbio castellano,
los agarenos Cid, los de Castilla
Rui Diaz de Vivar.

D.ª URR. De buen presagio
su nombre es para mí. Volad, Pedrarias.
Ya impaciente le espero en mi palacio,
y doy gracias al rey que su mensage
á tan buen caballero ha confiado.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA. RAMIRA.

D.ª URR. ¡Fuera mi campeon el buen Rodrigo
y yo impondria leyes al tirano
que me las quiere dar! ¿Quién osaría
moverme guerra si su fuerte brazo
por mí blandiera la temida lanza?
¡Oh si mi ruego le moviera tanto
que mi causa abrazase, las banderas
del fiero usurpador abandonando!
¿Y cuál mas justa causa, cuál mas noble
pudiera defender? Mas ¡ay! en vano
me halaga esa esperanza lisonjera,
que el afan de adquirir fáciles lauros
puede mas en el alma de un guerrero
que de infeliz muger el triste llanto.

RAM. ¿Qué es una lanza mas? ¿Y por ventura
faltan aqui caudillos esforzados?
Si la esperiencia es algo en los combates,
¿no es capitan esperto Arias Gonzalo?
¿Quién á sus hijos en valor iguala,
ora el hijar opriman de un caballo,
ora sobre el adarve desafien
todo el poder del enemigo vando?
Y si bastase el personal arrojo
el número á suplir de los soldados,
¿cuál de los fuertes que á tu voz militan,
ora pechero sea, ora hijodalgo,
se aviniera á lidiar detras de un muro,
estrecha cárcel á su ardor bizarro?
Si tal vez una empresa temeraria
cuando la inspira férvido entusiasmo

basta á cambiar el rostro de la guerra,
ó si es fuerza verter en tu holocausto
por conservarte el heredado cetro,
ó solo porque tuyo es el mandato,
sangre leal y que la humilde víctima
te cante bendiciones espirando,
bien que Cid Campeador no se apëllide,
yo sé quién obraria ese milagro.
Vellido...

D.ª URR. ¡Oh qué porfia! Solo sabes
el nombre pronunciar de ese menguado.

RAM. Yo... Mi lealtad...

D.ª URR. Si aun dudas que Rodrigo
me pudiera salvar en riesgo tanto,
¿quién osaría lo que el Cid no osara?
¿Qué puedo yo esperar de un insensato?

RAM. (Callo. El viento cambió.)

PED. (*A la puerta.*) Licencia pide
Rui Diaz de Vivar...

D.ª URR. Entre.—Dejadnos.

ESCENA V.

DOÑA URRACA. EL CID.

EL CID. Señora...

D.ª URR. Alzad y la frente,
noble Rodrigo, cubrid.
No está bien por tierra el Cid
ni mi amistad lo consiente.

EL CID. Dios os guarde de mancilla,
noble infanta, mi señora.

D.ª URR. Reina me llama Zamora.

EL CID. No hay mas que un cetro en Castilla.

D.ª URR. ¿Me ajais por verme infeliz?

EL CID. Como embajador lo digo.
Si hablara como Rodrigo,
os llamara emperatriz.

D.ª URR. Solo quiero que me hableis
como amigo y caballero.

EL CID. Diré el mensaje primero
si este honor me concedeis.
D.ª URR. Hablad.
EL CID. El rey de Castilla,
de Galicia y de Leon
os pide, señora, en don
esta torreada villa;
y darla podeis ganando,
que en cambio tendreis, sin guerra,
Valladolid y su tierra,
Rioseco y Villalpando.
D.ª URR. ¿Qué decís! ¡Pedirme dones...,
siempre fue galan mi hermano,
con las armas en la mano
y al frente de sus legiones!
Aunque siento comparar
á un ladron un rey guerrero,
asi pide el bandolero
lo que ha resuelto robar.
EL CID. No asi vuestro enojo tuerza
su intencion, pues mesurado
os viene á pedir de grado
lo que obtendria por fuerza.
D.ª URR. ¡Bien por Dios! Si desde luego
despojarme no pensó,
¿por qué la fuerza ensayó
antes de emplear el ruego?
Decid que probó en Zamora
no esperada resistencia,
y cauto por la esperiencia
me habla de tratos ahora;
y es que juzga, á mi entender,
menos facil y seguro
ganar por asalto un muro
que engañar á una muger.
EL CID. Él su nombre soberano
os empeña y lo que ofrece...
D.ª URR. Vos sabeis qué fé merece
la palabra de mi hermano.
EL CID. Es mancebo y pudo errar,

mas no ha de seros infiel
hoy que responde por él
don Rodrigo de Vivar.

D.ª URR. Vos mereceis mil loores,
mas desconfiar es ley,
Rodrigo Diaz, de un rey
que ha menester fiadores.

EL CID. Si él quebrantase el tratado
su mas terrible enemigo
fuera yo.

D.ª URR. ¿Y quién, don Rodrigo,
me volveria mi estado?
¿Qué valdria la venganza...

EL CID. Señora, el mundo es muy ancho,
y vos sabeis que á don Sancho
dos reinos ganó mi lanza.
Si os engañara el doncel,
bien sabria, vive Dios,
ganar uno para vos
quien ganó dos para él.

D.ª URR. ¿Quién vuestro valor, buen Cid,
pudiera poner en duda?
¡Oh si fuerais en mi ayuda!
¡Oh si fuerais mi adalid!
Y harto mas digna la hazaña
fuera de vos, perdonad,
si amparaseis mi horfandad
contra el tirano de España;
que si es débil mi poder,
la razon está conmigo,
y es mengua para Rodrigo
lidiar contra una muger.

EL CID. Razon teneis; no lo callo,
mas sabré cumplir, lo espero,
con la ley de caballero
y con la ley de vasallo.
Duélome de que os ultrage
de la fortuna el rigor,
mas don Sancho es mi señor
y le he prestado homenage.

D.ª URR. Antes mi padre lo fue,
y de él heredé á Zamora,
y el hijo que le desdora
falta al honor y á la fé.

EL CID. Yo soy, si me dais licencia
de decíroslo otra vez,
su vasallo, no su juez,
su heraldo, no su conciencia;
mas sería yo capaz
de alzarle el pleito homenage
si me diera otro mensage
para vos que el de la paz.

D.ª URR. ¡Por cierto, lealtad estraña
y pundonor singular!
¡Ah Rui Diaz de Vivar...!
Sandia honradez os engaña.
¡Y ha de tener, justo Dios,
ese usurpador tirano,
mal hijo y peor hermano,
un vasallo como vos!
¡Oh santa naturaleza!
¡Oh perjurio atroz, infando!
¡Oh si el buen rey don Fernando
alzara aqui la cabeza!
¿Ya el que fundaba su gloria
en el brazo de Rodrigo,
ya el que os llamaba su amigo
no vive en vuestra memoria?
¿Qué diria si inclemente
cercar os viera este muro,
y dar la espada al perjuro,
y negarla al inocente?
No esperó de vos en pago
tan injusto desafuero
cuando os armó caballero
en el altar de Santiago.
Aquel venturoso dia
quizá no está tan presente,
don Rodrigo, en vuestra mente
como le tengo en la mia.

¿Cuándo, decid, un vasallo
tan alto honor mereció?
El rey las armas os dió
y la reina os dió el caballo;
y yo ¡cuitada! que imploro
vuestra proteccion en vano, —
¿os acordais? — con mi mano
os calcé la espuela de oro.

EL CID. Señora, ¿á qué recordar
para mayor amargura
tiempos de paz y ventura
que ya no pueden tornar?
Mirad, señora, que es ley
tambien la necesidad,
y no cabe en mi lealtad
armarme contra mi rey.
Ved que de mi honor seguro
en mi palabra reposa,
y que podeis ser dichosa
sin que yo sea perjuro.
Ceded, señora, pues ya
su duro pecho se ablanda,
y si una villa os demanda,
catorce villas os da.

D.ª URR. ¡Ah! ¡Vos en mi daño, vos
partidario de un impío!
¡Otra suerte el padre mio
nos reservaba á los dos!
Él meditaba, y un dia
afectuoso me lo dijo,
llamaros, oh Cid, su hijo;
¡que en tanto precio os tenia!

EL CID. ¡Ah, señora...

D.ª URR. A mi dolor
disculpad esta memoria
que acrecienta vuestra gloria
á espensas de mi rubor.

EL CID. Aunque honró mucho mi espada
y mi cuna el rey benigno,
no era yo, señora, digno

de merced tan señalada.

D.ª URR. No alcanzan humanas leyes,
ni fueros de la razon,
ni afectos del carazon
á las que nacen de reyes.
Sumisa como debia
á la regia autoridad...,
su paterna voluntad
hubiera sido la mia.

EL CID. Llore quien perdió esa palma,
y dad vos gracias al cielo,
porque es mucho desconsuelo
dar la mano sin el alma.

D.ª URR. No he dicho yo que hay violencia
en obedecer...

EL CID. (Yo soy
perdido si no me voy.)

D.ª URR. Cuando es grata la obediencia.

EL CID. ¡Tanta ventura...

D.ª URR. ¡Rodrigo...!

EL CID. (¡Pese á la flaqueza mia...!)
Señora..., no lo creía,
me tratais como á enemigo.
Guerra me dan vuestros ojos
cuando con la paz os brindo;
mas si á su fuerza me rindo,
no os honrarán mis despojos.
Nunca en lides fuí cobarde,
bien lo sabeis, pero en esta
solo un arbitrio me resta.

D.ª URR. ¿Cuál?

EL CID. La fuga. Dios os guarde.

D.ª URR. Escuchad, el castellano,
que os vais sin respuesta, y dos
tengo que dar; una á vos...

EL CID. Señora...

D.ª URR. Y otra á mi hermano.
Desechad el necio error
que tanto os desvanecia.
Quien os oyera, diria

que por vos muero de amor.
Es sobrada libertad,
que no autorizó mi lengua,
el confundir en mi mengua
con el amor la humildad.
Solo quise hablando asi
recordaros, ¿lo entendeis?,
lo que á mi padre debeis,
al rey mi padre; no á mí.
Doy en fin que ayer cediera
de mi padre á la ternura;
¿mas no puedo por ventura
pensar hoy de otra manerà?
Advertid, pues en mal hora
me obligais á hablar asi,
que ayer no mandaba en mí—
y hoy soy reina de Zamora.

EL CID. Yo agradecido me muestro,
señora, á vuestro rigor,
pues vale mas que el error
sea mio que no vuestro;
porque á Rodrigo no humilla,
señora, vuestro desden,
y humillada no está bien
una infanta de Castilla.

D.ª URR. Abreviemos, que es ya tarde.
Decid, Rodrigo, á don Sancho
que yo mi nombre no mancho
con ninguna accion cobarde;
que en la palabra no creo
de quien tantas quebrantó,
y tratos no escucho yo
cuando cercada me veo;
que, por mucho que me cuadre
lo que me promete ahora,
yo estimo mas á Zamora
porque fue don de mi padre;
que si él en guerras crueles
ha aprendido á perjurar,
yo no quiero abandonar

á los que me sirven fieles;
y si no pueden mis hombros
á Zamora sostener,
yo sabré, flaca muger,
enterrarme en sus escombros.
Cuál sigue causa mas bella
juzgue Dios, juzgue Castilla;
él asaltando mi villa,
ó yo pereciendo en ella.

EL CID. Eso, señora, es honrar
al padre que os engendró.
Asi respondiera yo
á estar en vuestro lugar;
que si os vine á proponer
lo que forzoso entendí,
no os buscaba reina aqui
sino afligida muger.
Vuestro el prez, vuestra la gloria;
que morir es mejor suerte
cuando es heróica la muerte
y es infame la victoria.

ESCENA VI.

DOÑA URRACA.

Ahora alaba mi heroismo
el soberbio castellano,
¡y no me tiende una mano
en el borde del abismo!
¡Y yo me humillaba tanto
fiada de su hidalguía!
¡Oh inútil flaqueza mia!
¡Oh mal empleado llanto!
¿Mas qué poder avasalla
á ese adusto campeon?
Tan duro es su corazon
como su cota de malla.

ESCENA VII.

DOÑA URRACA. RAMIRA.

RAM. Arias Gonzalo...
D.ª URR. Está bien.
Que pase. (Todo conspira
contra una infeliz.) Ramira.—
Llama á Vellido tambien.

ESCENA VIII.

DOÑA URRACA.

D.ª URR. ¡Que mio será el prez, mia la gloria...!
¡Gloria funesta que maldigo y lloro,
y vano alarde de valor mentido
impone á mis palabras y á mi rostro.

ESCENA IX.

DOÑA URRACA. ARIAS GONZALO. PEDRARIAS. CABALLEROS.

GONZ. Señora...
D.ª URR. Bien venido, Arias Gonzalo,
mi fiel vasallo, mi mejor apoyo.
Nunca vuestro consejo y vuestra espada
tanto necesité, que ya á su colmo
llegó mi desventura.
GONZ. Y nunca en valde
la sincera lealtad de que blasono
pondreis á prueba, que el infausto dia
en que á la tumba descendió del solio
plugo al buen don Fernando que yo fuese,
huérfana ilustre, vuestro fiel custodio.
D.ª URR. Mejor dijeras mi segundo padre.
GONZ. Os amo como tal, si no me honro
con título tan alto, que á la sombra
del cetro mas benéfico y glorioso,

orgullo de Leon y de Castilla
os vi nacer, de esclarecido tronco
primer renuevo, y en la pila santa
sobre mi pecho oí vuestros sollozos.

ESCENA X.

DOÑA URRACA. ARIAS GONZALO. PEDRARIAS. VELLIDO. RAMIRA. CABALLEROS.

VELL. (*Turbado.*)
A vuestros pies... Ramira...
D.ª URR. Alzad, Vellido.
(*A Ramira aparte.*)
¿Es ese el fiero, el arrojado mozo...
Mucho se turba para ser valiente.
RAM. (*En voz baja.*)
¿De qué valor no triunfan vuestros ojos?
D.ª URR. (¡Ah! ¡Responda Rodrigo!)
VELL. (¡Cuán hermosa!)
GONZ. (*Aparte á un caballero.*)
¿Cómo osa entrar aqui Vellido Dólfos!
D.ª URR. Llamados sois, ilustres caballeros,
á pronunciar irrevocable voto
que mi suerte y la suerte de Zamora
de hoy mas decida. El campeon famoso,
ese á quien llaman Cid, Rodrigo Diaz,
en nombre de don Sancho, del que ha roto
tantas veces los vínculos mas santos,
me acaba de ofrecer, — ¡mirad qué asombro!,
paz y fraterno amor si de Zamora
le abro las puertas y á su pie me postro.
En cambio de la herencia de mi padre
tendré á Valladolid y sus contornos,
y á Rioseco tambien y á Villalpando,
que es mi hermano en estremo generoso;
mas primero que él cumpla su promesa
yo debo consentir en mi despojo. —
Perdóneme don Sancho si le ofendo.
Hermanos como yo, García, Alfonso,

Elvira, todos lloran su perfidia.
Despues de tanto ejemplo lastimoso
necia sería yo si le creyera,
y sin cubrir mi frente de sonrojo
¿hubiera yo podido, caballeros,
á un pacto suscribir tan vergonzoso?
Mas bien sé los peligros que me cercan;
bien sé, cuando la cólera provoco
del bárbaro opresor, que con mi vida
la vida de mis súbditos espongo.
Si temeraria ha sido la respuesta,
pague yo sola mi imprudente arrojo;
no perezcan por mí tantos valientes.
Retirada en el claustro mas remoto
acabaré mis dias y mi sangre
rescatará la vuestra, si es forzoso.

GONZ. No comprara la villa á tanto precio
ignominiosa paz. Sus hijos todos
antes querrán morir que abandonaros
de injusto usurpador al fiero encono.
Por deber, por amor, juró Zamora
defender con las armas vuestro solio,
y aquella suerte que os depare el cielo,
feliz ó adversa, nos cabrá á nosotros.
Si á mi lealtad empero y á mis canas
es permitido hablaros sin rebozo,
no os aconsejo que arrostreis en vano
el rencor de un monarca poderoso.
Cuando arribar al deseado puerto
embravecida mar niega al piloto,
del peligroso rumbo se desvía
que amaga á su bagel con rudo escollo.
Sin víveres, sin fuerzas, sin aliados,
sin esperanza alguna de socorro,
¿cómo una sola villa resistiera
á ejército aguerrido y numeroso?
Por vuestro bien, señora, os lo suplico,
que mi hacienda y mi vida estimo en poco;
no os obstineis contra el destino airado;
para tiempo os guardad mas venturoso,

y vuestra no, del rey será la mengua
que asi quiere infamar el nombre godo.
No es ley de una muger desventurada
hacer alarde de valor heróico,
pero es ley del que nace caballero
amparar, no ofender al sexo hermoso.

VELL. Y acatar sus preceptos soberanos,
siquiera nazcan de voluble antojo;
¡cuánto mas si el honor los articula
y desciende la voz de escelso trono!
Merecida repulsa dió la reina
al mensage falaz de un ambicioso;
ella el poder de Sancho desafia,
¿y quereis que postrada sobre el polvo
de los pies que conculcan sus derechos
vierta una reina escarnecido lloro?
Ella, muger, como los héroes habla;
¡como hablara una dueña hablais vosotros!

PEDR. ¡Viven los cielos... Perdonad, señora.
¿Quién sois vos? ¿Qué pendon ganado al moro
os da derecho, audaz aventurero,
de alzar aqui la voz?

D.ª URR. Pues yo la oigo,
vos la podeis oir, noble Pedrarias.

VELL. Bien pudiera yo dar, aunque visoño,
fiador á mi lengua en este brazo,
que si de alto linage no blasono,
lidiar me vió Zamora como bueno,
y nunca á mis contrarios huyo el rostro.

PEDR. De esfuerzo y de lealtad mi noble padre
no necesita daros testimonio,
y yo, el menos ilustre de sus hijos,
lecciones de valor ni doy ni tomo,
ni ha menester mi lengua fiadores,
que donde hablan mayores callo y obro;
mas sujetad el freno de la vuestra,
Vellido, ó por Santiago que os la corto.

D.ª URR. ¡Arias!

GONZ. (*A Pedrarias.*)
Calle el rapaz. ¿Quién os ha dicho

si injuria fuese el delirar de un loco,
que yo vuestra venganza esperaria?

VELL. Castigadme, señora, si os enojo,
mas si á la fé de un súbdito que anhela
daros su sangre, si al partido honroso
de enterrarse en los muros de Zamora,
antes que condenaros al oprobio
de implorar la clemencia de un tirano,
se llama delirar, ¿será el encomio,
será el prez reservado por ventura
á quien os deja en mísero abandono,
y conspira á apagar en vuestro pecho
el fuego que le inflama generoso?

PED. Quien dijere...

D.ª URR. Ya basta, campeones.
Ni cumple esa contienda á mi decoro,
ni faltará ocasion á vuestro brio
sin malograrlo con fatal encono
en intestina lid. Arias Gonzalo,
aplaudo tu prudencia, como elogio
de Vellido el ardor. Un solo impulso;
la acendrada lealtad, os mueve á todos.
(*A Gonzalo.*)
Tú, que mi vida conservar deseas,
darás la tuya en el murado foso
si es fuerza combatir.
(*A Vellido.*)
Tú, que indignado
prefirieras mi muerte á mi desdoro,
fiel me serás tambien si sometida
al fiero hermano la rodilla doblo.
Pero esplorar el ánimo del pueblo
es fuerza en este trance peligroso.
Consúltale en mi nombre, Arias Gonzalo;
di que en sus manos mi destino pongo.

GONZ. Zamora no da leyes á su reina.
Vos decidid: de su lealtad respondo.

D.ª URR. Yo, no obstante: os lo ordeno... Os lo suplico.
(*A los caballeros.*)
Seguidle.

(*A Vellido.*)
Vos, oid.
(*A Ramira.*)
Dejadnos solos.

ESCENA XI.

DOÑA URRACA. VELLIDO.

D.ª URR. Pláceme haberos oido
Defender con tal fervor
mis derechos.
VELL. Sois mi reina.
Cumplí con mi obligacion.
D.ª URR. Ramira, mi fiel criada,
de vos, Vellido, me habló
con sumo interés.
VELL. ¿Qué mucho?
Su deudo y su amigo soy.
D.ª URR. Dijo que ansiabais hablarme...
Deponed la turbacion.
¿Qué merced quereis de mí?
VELL. ¡Ah señora! ¿Quién soy yo
para pediros mercedes?
Por harto feliz me doy
con que tan ínclita reina
se digne de oir mi voz.
Si tanta fuera mi suerte
que algo hiciese yo por vos,
ni aun entonces osaría
demandaros galardon;
que si este humilde guerrero
merece tanto favor,
á la gloria de serviros
se limita mi ambicion.
Y ¡qué! ¿no es harta ventura
para el árbol y la flor
que á darles vida y contento
descienda un rayo del sol?
¡Y flor es mi juventud

que se agosta en su verdor,
y vos me mirais, señora,
que sol de Castilla sois!

D.ª URR. (Loco es este, si lo es,
de muy buena condicion.)
¿Venís acaso á pedirme
justicia? Obligada estoy
á dispensársela á todos.

VELL. ¡Justicia! ¡Ah señora! No;
que no es obra de los hombres
mi irremediable dolor,
y si yo osara quejarme...
¡blasfemara contra Dios!

D.ª URR. ¡Dólfos!

VELL. ¡Oh! No os enojeis.
¡Perdon, señora, perdon!—
He jurado defenderos
contra el vil usurpador;
mas vos no lo habeis oido,
¡tal distancia entre los dos
puso el cielo!, y yo aspiraba
señora, al sublime honor
de ofrecer á vuestros pies
mi espada y mi corazon.

D.ª URR. Injusta fuera... la reina
si os negara...

VELL. (*Arrojándose á los pies de doña Urraca.*)
¡Oh dicha! Soy
vuestro esclavo.

D.ª URR. Alzad, Vellido.
(¿Será un rapto de furor?)

VELL. ¿No merecerá mi labio
en muestra de sumision
besar esa mano augusta...

D.ª URR. (La pide con un temblor...
Mas la pide respetuoso.
¿Sé yo cuál es su intencion...?)
Tomad.

(*Vellido besa la mano de doña Urraca y se levanta.*)

VELL. ¡Oh placer inmenso!
Yo no he vivido hasta hoy, —
¡y ansio la muerte! — En mis venas
hierve la sangre veloz. —
¡Tiemble el aleve tirano!
¡Tiemblen Castilla y Leon!

D.ª URR. ¡Qué! ¿Vos esperais librarme?

VELL. ¿Qué no ha de esperar ¡oh Dios!,
qué puede temer un alma
que vuestra gracia inflamó? —
Mas si Zamora se rinde
inútil es mi valor.

D.ª URR. No se rendirá la villa
si yo el ejemplo no doy.

VELL. Jurad..., prometed, señora,
por dos dias, solo dos,
esos muros defender
contra un hermano feroz,
que tan corto plazo basta
á que triunfe ó muera yo.

D.ª URR. ¡Antes morir que entregarme
á merced de ese traidor
que Dios maldiga!

VELL. En mi pecho
resuena esa maldicion.
No os espanten sus legiones
ni su Cid Campeador.

D.ª URR. Yo admiro tanto denuedo;
mas contra el destino atroz
que me persigue obstinado
¿hará un solo campeon
lo que no han podido hacer
tantos hidalgos de pro?

VELL. Sí hará, si á muerte segura
corre gozoso por vos;
sí hará si idólatra ciego
sacrificaros juró;
no solo fortuna y vida,
que fuera pobre ese don,
sino... hasta la misma honra,

que es sacrificio mayor.

D.ª URR. Delirando estais, Vellido.
¿Eso dice un español?

VELL. ¡Oh! Si mi delirio os salva,
será mi triunfo mejor.
¿Lo consentís?

D.ª URR. Lo consiento.
(A quien perdió la razon
¿qué puedo decir?) Mirad
que nada os ordeno yo;
mirad que á nada me obligo.

VELL. Si ataja muerte precoz
la carrera de mis dias
todo para mí acabó;
si la fortuna corona
mis deseos...

D.ª URR. Reina soy.
Como reina os premiaré:
¿lo oís? De otra suerte no.

VELL. ¡Ah! Venza yo, y mas que luego
maldigais al vencedor!
¿Qué importa, si el brazo os sirve
como os ama el corazon?
Os amo, lo dije, os amo...
¡yo, indigno de vuestro amor
os amo...! ¡Oh crimen...

D.ª URR. ¡Callad...!

VELL. Maldito del cielo estoy.
¡Premio decíais! Lo espero.
Muerte, infamia, infierno... ¡A Dios!!!

ESCENA XII.

DOÑA URRACA.

¡Infeliz! Dios le perdone,
que es digno de compasion.

ACTO SEGUNDO.

Arboleda inmediata á Zamora.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. CINCO CABALLEROS.

REY. (*Llegando.*)
Quédense los escuderos
con los caballos de lid
y á la sombra me seguid
de este roble, caballeros.
ORD. No es parage muy seguro.
REY. Todos lo son para mí.
ORD. Puede alcanzaros aqui
una saeta del muro;
que Zamora en su porfia
quizá á otorgar no se allana
la vista con vuestra hermana
y la tregua por un dia.
REY. (*Sentándose al pie del roble.*)
Ya se guardará esa villa,
bien que nido de traidores,
de irritar mas los furores
de don Sancho de Castilla.
No serán, no, tan osados;
que, si del campo me alejo,
saben que á la espalda dejo
cien escuadrones armados.
¡Ay si con grito de guerra
á mi clemencia responden!,
que los muros do se esconden
ansio igualar con la tierra.
Mas Alvar Fañez ya tarda.

Vive Dios que está despacio,
y un roble no es un palacio
y es su rey el que le aguarda.

EL CID. No os impacienteis asi.
No ha tanto que entró en Zamora.

REY. ¿Hablo yo con vos ahora?

ORD. Ya está Alvar Fañez aqui.

ESCENA II.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ. LOS CABALLEROS.

ALVAR. Señor...

REY. Prolija respuesta
sin duda la infanta os dió,
Fañez. Entre un sí y un no,
¿tanto el decidirse cuesta?

ALVAR. Salud la infanta os envía
y ya á veros se apercibe.

REY. ¿Y la tregua?

ALVAR. La recibe
y la otorga por un dia.

REY. Y paz y eterna concordia
será si acata mi trono,
mas si provoca mi encono,
no tendré misericordia.
Conmigo, empero, no dudo
que depondrá su querella
y lograr espero de ella
lo que Rodrigo no pudo.

EL CID. Si fue mi mensage vano
¿qué mucho? Ni, en buena ley,
pude mandar como rey
ni persuadir como hermano.
Cumplí fiel con mi embajada
haciéndola conocer
vuestro terrible poder
y su fortuna menguada;
y porque su riesgo vi,

tal vez de mi boca oyó
consejos, señor, que yo
no tomara para mí.
Si con ánimo real
desprecia riesgo tan grave,
no es culpa mia; — y Dios sabe
si obra bien ó si obra mal.

REY. (*Levantándose.*)
¿Eso es decirme que vos
teneis su orgullo por bueno?

EL CID. Yo ni aplaudo ni condeno;
digo... que lo sabe Dios.

REY. ¿Eso decís?

EL CID. Soy mortal
y puedo errar.

REY. Pues yo digo,
y sin errar, don Rodrigo,
que me habeis servido mal.

EL CID. Mucho lo siento, señor,
mas negar fuera injusticia
que en Portugal y en Galicia
os he servido mejor.
Si hoy os falto en un servicio,
¿de quién será entre los dos
la culpa? ¿Mia, ó de vos
que me trocais el oficio?
Para soldado soy algo,
y ya lo probé á lanzadas,
mas para dar embajadas
maldita la cosa valgo.

REY. (*Paseando hácia el foro.*)
Tambien lo probais ahora.

EL CID. (*Siguiendo al rey.*)
¡Y á una princesa tan bella!
Mas miedo la tengo á ella
que á los muros de Zamora.
¡Decís que mal os serví
y me mirais con desden!
No, sino bien, y muy bien,
pues estoy de vuelta aqui.

REY. (*Ya en el último bastidor de la izquierda.*)
¿Qué decís... (*Mirando adentro.*)
Mas ya la puerta
se abre del muro enemigo.
Para mas tarde, Rodrigo,
dejemos nuestra reyerta.
(*Los caballeros se acercan al rey, y miran tambien en la misma direccion.*)
ORD. Con otros tantos vasallos
como vos teneis aqui,
se acerca. Miradla allí.
REY. Son briosos los caballos.
ALVAR. Ya los estribos dejando
la infanta y los caballeros,
los dan á los escuderos.
REY. ¡Alerta los de mi vando!
(*Vuelve al proscenio con los caballeros.*)

ESCENA III.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ. Séquito del rey. DOÑA URRACA. ARIAS GONZALO. PEDRARIAS. Otros seis CABALLEROS del séquito de doña Urraca.

GONZ. (*En el foro.*)
Aqui, señora, os quedad.
(*Adelantándose á la comitiva.*)
¡Ah de don Sancho! ¡Ah del rey!
REY. (*Acercándose.*)
Rey de Castilla soy yo,
Gonzalo. ¿Qué me quereis?
GONZ. Ruego á vuestra señoría
que jure á Dios uno y tres,
puesta en la espada la mano
y en sus palabras la fé,
que sin ardid ni emboscada,
á fuer de leal y á fuer
de príncipe y de cristiano,
viene...
REY. Juro; no os canseis.

GONZ. Si hablais verdad, Dios os premie;
y si no, os castigue.

REY. Amen.
(*Volviendo adonde estan sus caballeros.*)
Ceremonioso es don Arias.
¡Achaque de la vejez!
Será fuerza conjurar
á doña Urraca tambien.
Buen conde don Diego Ordoñez,
cumplid vos ese deber,
que Rodrigo es muy galan...
y se echaria á sus pies.

ORD. (*Adelantándose, y doña Urraca se le acerca.*)
Infanta, la de Zamora,
¿jurais al Dios de Israel,
por la salud de vuestra alma
y por la honra y el prez
de vuestro nombre, guardar
la tregua, y mostraros fiel
á la palabra empeñada
sin engaño y sin doblez?

D.ª URR. Juro.

ORD. El cielo os lo demande
si el juramento rompeis.

D.ª URR. Sea.

GONZ. (*A doña Urraca.*)
Señora...

ORD. (*Al rey.*) Señor...

GONZ. Juró. Obedecí.

D.ª URR. Está bien.

ORD. Ha jurado. Me retiro.

REY. Haceisme mucha merced.

(*Los caballeros del rey se retiran á un lado, y los de la reina á otro.*)

D.ª URR. ¿Puedo ya, querido hermano,
abrirte mis brazos?

REY. (*Abrazándola.*) Ven
á los mios que impacientes
ya te esperaban. Cuidé
que el grave ceremonial

no acabaria en un mes.

D.ª URR. ¡Cuán dulce á mi corazon
es este abrazo! ¡Oh si en él
por siempre se renovara
nuestro amor de la niñez!

REY. Olvidemos para siempre
nuestra enemistad cruel,
y solo la muerte pueda
tan santo lazo romper.

D.ª URR. Tal esperanza me anima,
y tu intencion esa fue
sin duda cuando mostraste
quererme hablar.

REY. Asi es,
y pues te veo á mi lado
ya me doy el parabien.

D.ª URR. Dios por mi derecho vuelve,
y habló la sangre tal vez
en mi favor.

REY. Mis derechos
te iba á recordar tambien.

D.ª URR. Otro pacto mas humano
me vendrás á proponer,
y en vez de embrazar sangriento
contra una hermana el broquel,
con él vendrás á cubrir
la horfandad en que la ves.

REY. Tú, mejor aconsejada,
pues conoces mi poder,
en mi justa pretension
verás tu propio interés.

D.ª URR. ¿Qué pretension es la tuya?

REY. Si fue mensagero fiel,
ya de la boca del Cid
la habrás sabido.

D.ª URR. ¡La sé!
Mas tú sabes mi respuesta,
Sancho, y no soy yo muger
que me retracte jamas
de lo que digo una vez.

REY. Mucho os ciega, vive el cielo,
vuestra funesta altivez
si pretendeis que se humille
quien acostumbra á vencer.

D.ª URR. Vuestra humillacion no quiero,
pero mas digno laurel...

REY. ¡Eh! Basta, que no sois vos
de mis acciones el juez.

D.ª URR. Soy árbitro de las mias.

REY. Yo soy rey.

D.ª URR. No sois mi rey.

REY. Está en mi reino Zamora,
y á un reino basta un dosel.

D.ª URR. Nada basta á tu ambicion.

REY. ¡Ambicion, y te daré
catorce villas por una?

D.ª URR. ¿Catorce villas? ¡Pardiez!
Quien nada piensa cumplir
es muy largo en prometer.
O nunca me las darás,
que es ya proberbio tu fé,
ó me las darás... resuelto
á quitármelas despues.

REY. ¡Temeraria!

D.ª URR. ¿Qué le diste
á García cuando fue
por tu hueste destronado?
¡La mísera lobreguez
de una torre!

REY. Osó invadir
los montes de Santander
que son mi herencia y... tú sabes
que es García muy doncel
para regir al gallego
y domar al portugués.

D.ª URR. ¿Tanta esperiencia es la tuya
cuando apenas deja ver
bozo juvenil tu rostro?

REY. Nací alentado y con sed
de gloria marcial...

D.ª URR. ¡El cielo
gloria mas pura te dé,
Sancho el soberbio! — ¿Y qué diste
al monarca leonés
cuando la real corona
arrancaste de su sien?
REY. Otra corona le daba
en Sahagun mas digna de él.
D.ª URR. ¡La tonsura!
REY. Sea monge
quien no sirve para rey.
Ya fuera quizá prior
si una mano..., y sé de quién,
no hubiera abierto á su fuga
aquella santa pared.
D.ª URR. Sí, mi mano le libró
de la tuya, que tal vez
le guardaba otra corona;
¡la del martirio cruel!
Tú dirás que fue glorioso
á dos reyes someter,
que al fin mandaban soldados,
vestian bélico arnés;
pero á la infeliz Elvira
¿con qué razon, con qué ley...
REY. Primogénito nací
y mi padre injusto fue
menguándome el privilegio
que entero adquirí al nacer.
D.ª URR. Su testamento juraste.
REY. Contra derecho juré.
Si cabe el lecho mortal
respeté su voz ayer,
hoy recobro lo que es mio.
D.ª URR. Tú sabes que no lo es.
¿Qué ley te abona...
REY. Si leyes
me faltan, yo las haré.
D.ª URR. Valiera mas que ese afan
de guerrear y vencer

lo emplearas sin descanso
contra el sarraceno infiel.
Si nuevos reinos codicias,
porque no te bastan tres,
valiérate mas ganar
á Toledo y á Jaen
que robar su pobre dote
á desvalida muger.

REY. ¡Torreones y ballestas!
¡Por cierto, lindo joyel,
lindo ajuar para una dama!

D.ª URR. Presintió la madurez
de mi padre tus proezas;
presagió tu buena fé.
Si á ley de buen caballero
fueras tú justo y cortés,
ni de muros ni de lanzas
habria yo menester.

REY. Yo, pues mi saña provocas,
con temeraria sandez,
las lanzas que te defienden
haré en astillas arder;
yo de esa villa traidora
los muros arrasaré,
y cuando huelle sus ruinas
mi fogoso palafren,
y de hinojos y llorando
pidas clemencia á mis pies,
si una celda te concedo
tendráslo á mucha merced.

D.ª URR. ¡Asi, Caín de Castilla!
Sea sincero una vez
tu labio y en él rebose
de tu corazon la hiel.
Tiñe el Duero con la sangre
de cien valientes y cien;
asalta el muro; no quede
piedra sobre piedra en él.
Si esa es la gloria á que aspiras,
facil te será, lo sé;

pero no esperes uncirme
al carro de tu poder,
porque antes me matarán
daga, veneno ó cordel;
y padron de infamia eterna
será á tu nombre despues
sobre cenizas y escombros...
¡la tumba de una muger!

ESCENA IV.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ. CABALLEROS del séquito del rey.

REY. Perdida es ya la esperanza
de vencer su altanería.
Ya el perdon es cobardía;
ya es un deber la venganza.
Mañana, ¿lo oís?, apenas
la tregua espire, ¡al asalto!
Vea Zamora mas alto
mi pendon que sus almenas.
(*Al Cid.*)
Vos por la orilla del Duero;
(*A Ordoñez.*)
vos por el opuesto foso;
yo el postrero en el reposo
y en el peligro el primero.

EL CID. ¡Qué, señor! ¿No habeis mancilla
de una cuitada muger?
¿Qué aumenta á vuestro poder
la posesion de una villa?

REY. Cuando su ruina medito,
pues niega á mi trono parias,
no consejos ni plegarias,
sino lanzas necesito.

EL CID. De poco sirve la mia,
y ya que es vano mi ruego,
perdonadme si os la niego
para empresa tan impía.

REY. ¿Asi á mi trono real
osa rebelarse el Cid?
¿Qué razon teneis, decid,
para serme desleal?

EL CID. ¿Desleal? Nunca lo fuí,
pero á deciros me atrevo
que yo sé bien lo que os debo...
y lo que me debo á mí.
Un juramento me empeña
de no hacer guerra á la infanta;
Dios le oyó, y su Madre santa,
y san Pedro de Cardeña.
No imiteis á Satanás
tentándome el alma ahora.
Si mucho vale Zamora,
mi salvacion vale mas.

REY. ¡Gran virtud, por vida mia!
¿Por qué no hablásteis asi
cuando me hicísteis á mí
homenage y pleitesía?

EL CID. Porque nunca imaginé,
ni estaba al humano alcance,
que se viera en este trance
la hidalguía de mi fé.
Bien me estaba yo, señor,
combatiendo en la frontera
contra la morisma fiera;
digna empresa á mi valor.
Vine aqui, sábelo Dios,
con la halagüeña esperanza
de anudar la rota alianza
entre vuestra hermana y vos.
Contento á Zamora fuí
con la venturosa oliva;
mas con lanza vengativa,
no lo acabareis de mí.

REY. Habladme ya sin mesura
y declaraos en fin
el andante paladin
de esa afligida hermosura.

EL CID. Contra vos no haré yo tal
mientras siga vuestra ley,
que sois, don Sancho, mi rey,
y mi señor natural.

REY. No tuvísteis, á fé mia,
tanto escrúpulo, Rodrigo,
cuando os vieron enemigo
don Alonso y don García.
Tambien de mi padre muerto
herencia hubieron los dos,
y tambien los hizo Dios
hermanos mios.

EL CID. Es cierto;
mas nadie á vuestros hermanos
me encomendó en testamento,
ni hice en su pro juramento
que me ligase las manos.
Con justicia ó sin justicia,
que yo tanto no penetro,
les demandásteis el cetro
de Leon y de Galicia.
Mi deber fue la obediencia,
y dije: vaya ó no vaya
derecho, hallá se las haya
don Sancho con su conciencia.
Para defender su silla
y no acatar otras leyes,
poder tienen esos reyes
como el que manda en Castilla;
y en fin probó mi tizona,
ministro de vuestra saña,
que quien la pierde en campaña
no es digno de la corona.
Mas, permitid que os lo diga
con franqueza de soldado,
y dejo aparte el sagrado
juramento que me obliga;
mirad mas por vuestro honor,
y tened, don Sancho, en cuenta
que hay guerras en que la afrenta

es toda del vencedor.

REY. ¿Sois vos — ¡culpable osadía! —
tutor de mi honra?

EL CID. No;
mas permitidme que yo
sea tutor de la mia.

REY. Idos: no la he menester,
ni vuestra espada tampoco;
y á no teneros por loco
la mia os haria ver...

EL CID. Herid; yo os doy mi cabeza
si con ella os desenojo,
pero vuestro ciego antojo
no mancille mi nobleza.

REY. Sois aleve.

EL CID. ¡Señor...! Callo.

REY. Licencia, Rodrigo, os doy
para alzarme desde hoy
la obediencia de vasallo.

EL CID. A reyes no pago pecho,
soy rico-hombre, y bien sabeis
que, sin que vos me lo deis,
tuve siempre ese derecho.

REY. Usadle, pues.

EL CID. No haré tal,
que si la palabra os cojo,
luego os pasará el enojo
y lo tomareis á mal.

REY. No. Yo os destierro.

EL CID. En buen hora.
A obedeceros me obligo.

REY. ¿Cuándo partís, don Rodrigo?

EL CID. Mañana al rayar la aurora. —

REY. Id lejos á hacer alarde
de esa cristiana virtud.

EL CID. Rey de Castilla, salud.

REY. Cid Campeador, Dios os guarde.

(*Empieza á oscurecer por grados la escena hasta figurar noche cerrada en el final del acto.*)

ESCENA V.

EL REY. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ. CABALLEROS.

ALVAR. Dadme licencia, señor.
REY. ¿Adónde vais, Alvar Fañez?
ALVAR. Es don Rodrigo mi deudo
y el honor de mi linage;
tiro sueldo de su casa...
Permitid que le acompañe.
REY. Yo le he desterrado á él;
pero no á vos.
ALVAR. Perdonadme.
En sus dias de ventura
le seguía á todas partes.
Sería yo muy villano
si ahora le abandonase.
REY. ¿Cuando su rey le destierra?
ALVAR. Señor..., me llama la sangre.
REY. ¡Vive Dios... ¿Hay en mis reinos
vasallos tan arrogantes
que mas que á mí se les tema,
ó mas que á mí se les ame?
Sin vos y sin él me sobran
soldados y capitanes;
mas no os ireis si primero
no os alzo el pleito homenage.
¡Yo parezco el desterrado,
y el Cid monarca triunfante!
Decid á Rodrigo Diaz
que voluntario se estrañe
de mis dominios, ó en tanto
que señor y rey me llame
ha de hacer mi voluntad,
ó por Dios que ha de pesarle.
ALVAR. Le desterrais...
REY. Le destierro,
pero hasta que yo lo mande

no se aleje de su tienda
ni abandone mis reales,
sino quiere que el destierro
se convierta en dura carcel.
Id... No repliqueis. Decidle
que mis órdenes aguarde.

ESCENA VI.

EL REY. ORDOÑEZ. CABALLEROS.

REY. ¿Esto es reinar? ¿Es asi
como respetan los grandes
de Castilla á su monarca?
ORD. Sus fueros y libertades...
REY. Si todos tienen aqui
privilegios que les salven
de mi autoridad suprema,
¿no es una irrision infame
mi nombre de rey? Yo os juro
por la tumba de mi padre
que haré pedazos mi cetro,
ó el traidor que no le acate
pagará con su cabeza
el derecho de injuriarme.
ORD. La saña os ciega, señor.
Si al mostraros su dictamen
fue Rodrigo de Vivar
harto libre en su lenguaje,
le disculpa su honradez,
y su gloria en los combates,
y su nombre ya famoso
entre cristianos y alarbes.
REY. ¡Su nombre! No vale mas
que el mio, ¡y tanto le aplauden,
y el *Cid*, el *Señor* le llaman,
y casi le alzan altares!
¡Por san Millan...
VELL. (*Dentro.*) ¡Castellanos!

¡Rey de Castilla! ¡Amparadme!
(*Llega Vellido acelerado y se postra á los pies del rey.*)

ESCENA VII.

EL REY. VELLIDO. ORDOÑEZ. CABALLEROS.

REY. ¿Quién grita...
VELL. A vuestras plantas, rey don Sancho,
este proscrito mísero se postra.
REY. ¡Proscrito! Alzad. ¿Quién sois?
VELL. Vellido Dólfos
es mi nombre, señor; mi fama poca,
mas jóven soy; mi profesion las armas;
noble mi cuna; mi fortuna corta;
libre mi condicion; mi patria un monte.
Ayer fuí ciudadano de Zamora,
súbdito vuestro... siervo si os agrada
de hoy mas seré. Mi corazon ahoga
sed de venganza, y la venganza solo
á vos me lleva, oh rey; no vil lisonja
ni codicia de honores y mercedes.
¡Perezca con sus muros la memoria
del pueblo ingrato á quien mi sangre diera
y en justo galardon de sí me arroja!
¡Humillada y cautiva doña Urraca
cambie por el cilicio la corona!
Venced; no haya perdon para el vencido:
hé aqui mi anhelo, mi ambicion, mi gloria.
REY. ¿Y qué grave razon, Vellido Dólfos,
os fuerza á abandonar, quizá sin honra,
el jurado pendon?
VELL. Sangrienta injuria
que no lavara con su sangre toda
la enemiga faccion que me persigue.
Mi celo, mi lealtad, mi fé ardorosa
en pro de vuestra hermana, merecieron,
si no á su pecho, al menos á su boca,
loor y gratitud que en almas viles

de la envidia engendraron la ponzoña.
Arias Gonzalo y sus aleves hijos,
que al pueblo engañan y al cabildo compran,
me acusan de traidor. En mi infortunio
una esperanza me quedaba sola;
el favor de la infanta, su justicia;
mas temiendo á la turba sediciosa
me retira el escudo de su gracia
y al furor enemigo me abandona.
Sin espada que vengue tal ultrage,
sin recto juez que mis clamores oiga,
huyo; no de la muerte, de la infamia,
y eterna execracion juro á Zamora.

REY. (*Aparte con Ordoñez.*)
Bien podria el rencor de ese soldado
de mi venganza apresurar la obra.

ORD. Y bien podria pérfido venderos
quien vende desleal á su señora.

REY. No es desleal el que inocente gime
si el yugo rompe que su frente agovia.
¿Oiste la amargura de sus quejas?
No habla asi la mentira artificiosa.
Mira su frente adusta. En ella leo
la fiera indignacion que le devora.—
Yo te amparo, Vellido, en mis pendones,
mas si traidor me fueres...

VELL. Vuestra cólera
mal podria evitar inerme y solo.

REY. Si fé me juras y mi apoyo imploras,
¿qué me ofreces?

VELL. Un brazo que no tiembla,
y una cabeza que de mí responda.

REY. ¿Solo un brazo...

VELL. (*Bajando la voz.*)
Otros hay que me obedecen.
Tal vez, mas que el valor, ganan victorias
la sorpresa, el ardid... El alto muro
que cien y cien arietes no derrocan,
al fragil diente de comprada llave
cede tal vez...

REY. (*En voz baja.*)
Callad, callad ahora. —
Partamos, caballeros. Ya la noche
brinda al reposo con su opaca sombra.

ORD. (*Aparte á un caballero.*)
Ó de achaque de caras yo no entiendo,
ó la cara de ese hombre es sospechosa.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un ángulo exterior de los muros de Zamora sobre peñas, arbustos y maleza, cuyos obstáculos impiden que los interlocutores situados á la parte del proscenio sean vistos desde el adarve.

ESCENA PRIMERA.

(Es de noche.)

FORTUN. FROILA.

(*Fortun está de centinela sobre el adarve y pasea cantando. Al concluir la primera estrofa aparece Froila por la parte de la villa con una tea encendida, que entrega á Fortun para que le alumbre, afianza en el muro una escala de cuerda cubierta con yedra y musgo, y asegurado de que está firme, desciende por ella con la tea en la mano á los riscos en que estriba la fortaleza.*)

FORT. (*Cantando.*)
"Prometido á doña Sancha,
hermana de don Bermudo,
el buen conde don García
parte á Leon desde Burgos.
Niños son los desposados,
que no han cumplido tres lustros,
mas ella linda en estremo
y él bizarro cual ninguno.
Sobran galas á la novia
con las de su rostro puro,
mas su madre la engalana
por cariño ó por orgullo."

FROI. (*Disponiéndose á bajar.*)
Firme está. Dame la tea;
y pues la ocasion es calva,
antes que despunte el alba
daré fin á mi tarea.
(*Bajando por la escala.*)
¿Nos observan? No haga el diablo...
FORT. Ni del campo ni del muro.
Bien puedes bajar seguro.
FROI. (*Desde los últimos peldaños.*)
Échame acá ese venablo.
FORT. (*Tomando uno que habrá en el adarve.*)
¿Lo tiro?
FROI. ¡Bestial pregunta!
Descuelga, que bien alcanzo,
y no me saques, mastranzo,
algun ojo con la punta.
FORT. (*Sentado en el muro alarga el venablo á Froila.*)
Mira tú cómo lo tomas;
ten caridad y conciencia,
que si tiras con violencia
y voy detras, me deslomas.
FROI. Alarga, ¡pese á tu madre...
FORT. No alcanzo mas, vive Cristo.
FROI. Ya lo tengo. Suelta.
FORT. Listo.
(*Vuelve á ponerse de pie y á pasearse sobre el adarve.*)
FROI. (*Acaba de bajar, apoyándose en el venablo.*)
Hasta la vuelta, compadre.
(*Hablando para si.*)
Ahora bien, ¿es bueno, ó malo
lo que voy yo á hacer ahora?
¿Quién vive? ¿Sancho, ó Zamora?
¿Qué merezco? ¿Gloria, ó palo?
Soy ignorante y sencillo,
y pues no sé lo que intenta,
ajuste con Dios la cuenta
el que me dió este bolsillo;

que yo, humilde servidor,
diré con aire candongo:
ni quito rey ni lo pongo;
pero ayudo á mi señor.
(*Desaparece por su izquierda.*)

ESCENA II.

FORTUN. (*Cantando.*)

"¡Ay niña! ¿Quién te dijera
que las joyas que te puso
tan pronto se trocarian
en negro y amargo luto!
¡No fies, conde infeliz,
en los vítores del vulgo.
¡Arma el brazo, guarda el pecho,
que hay cien traidores ocultos!"

ESCENA III.

FORTUN. FROILA.

FROI. (*Con la tea y sin el venablo.*)
Entre el cambron y la piedra...
Bien.
FORT. Froila vuelve.
FROI. Cumplí.
(*A media voz.*)
¿Estamos seguros?
FORT. Sí.
FROI. Vuelvo á trepar por la yedra.
(*Subiendo al muro por la misma escala.*)
Ojo á la villa, Fortun.
FORT. No temas, que vela Mendo.
FROI. ¿Y Garci-Perez?
FORT. Durmiendo
borracho como un atun.
FROI. (*Ya en lo alto del muro.*)
¡Cómo sudo!

FORT. (*Riéndose.*)
No es el lance
para menos.
FROI. Seo gallina,
no he ganado la propina,
cual tú, cantando un romance.
FORT. Decir que canto ó que rezo
no me servirá de nada
si por ser tu camarada
me acarician el pescuezo.
FROI. (*Mirando al cielo.*)
Ya será tarde.
FORT. A fé mia,
si no es, Froila, aquel lucero
tanto como tú embustero,
muy pronto será de dia.
FROI. Si el aloque no me engaña,
distingo hácia alli dos bultos
entre las ramas ocultos...
FORT. Sí: ya está el moro en campaña.
Apaga esa tea.
FROI. Apago; (*Lo hace.*)
y, pues guardas tú á Zamora,
voy á saludar la aurora
con otra mano de trago.

ESCENA IV.

FORTUN. (*Cantando.*)

"¡Mira que velan los Velas
rencorosos y perjuros;
mira que el conde Rodrigo
ya aguza el puñal sañudo!"
(*Aparecen por la derecha del actor y por la parte de abajo Vellido y el Rey.*)

ESCENA V.

EL REY. VELLIDO. FORTUN.

VELL. (La voz de Fortun es esa.)
Ya al pie del muro os hallais.
REY. Cantaba una voz...
VELL. Sin duda
del centinela será,
y pues canta descuidado,
es evidente señal
de que no nos ha sentido;
ni desde alli nos verá,
que nos ocultan del muro
las peñas y el matorral.
REY. ¿Falta mucho?
VELL. Poco falta;
mas sentaos si os cansais,
que como ha sido forzoso
al salir del arenal
apearnos porque el ruido
no descubriese...
REY. En verdad
que en lo que emprendo no sé
si hago bien ó si hago mal.
VELL. Ningun peligro amenaza,
y quien hizo ya lo mas...
REY. Una mina, me habeis dicho...
VELL. Obra fue de un musulman.
Por el campo al pie del muro
cubre la puerta un sillar
que está en falso. El subterráneo
derecho al alcázar va.
Una dama de la infanta,
que por deudo y amistad
está obligada á servirme,
me reveló...

(*Empieza á amanecer, y por grados se va iluminando la escena hasta el fin del acto.*)

REY. ¿Qué esperais?
Ya empieza á rayar el alba,
y nos pueden observar.
Si por vos gano la villa,
pedidme cuanto querais;
pero si fuereis perjuro,
¡Vellido Dólfos, temblad!

(*Dan algunos pasos, y el rey se pára y hace detener á Vellido oyendo cantar á Fortun.*)

FORT. (*Cantando.*)
"¡Ay! ¡Ya le hiere á traicion
el inhumano verdugo
y el canto nupcial suspenden
los gritos del moribundo!"

REY. ¿Qué canta ese hombre? Traicion...,
verdugo..., grito mortal...

VELL. Algun romance sin duda.
(¡No le pudiera arrancar
la torpe lengua...!)

REY. El romance
¿será un aviso quizá
del cielo con que reprende
mi loca temeridad?

VELL. ¿Cómo, señor! ¿Vos creeis
en agüeros? ¡Pesia tal...

REY. No sé. Si creer en ellos
es, Vellido, necedad,
no es tal vez mucha cordura
de advenedizos fiar.

VELL. ¡Hablais conmigo, señor!

REY. Quien fue una vez desleal...

VELL. ¡Eso decís, y mi vida
en vuestras manos está!
Sin peto que me defienda
y sin lanza ni puñal,
¿cómo fuera yo traidor
á quien me puede matar?
Yo no tiemblo desarmado,
¡y vos con armas temblais!

REY. (*Amenazándole con el venablo.*)

¡Temblar...
(*Con resolucion y retirando el venablo.*)
Guia, aunque me lleves
al infierno. ¡Yo temblar!

FORT. (*Cantado.*)
"Teneos, clama la novia.
Sea mi pecho su escudo...
Tarde llegó la cuitada.
¡Don García era difunto!"

REY. ¿No es la historia de mi madre
la que cantan?

VELL. Sí, en verdad,
y la traicion de los Velas
cuando al llevarla al altar
su primer marido...

REY. Basta.
Canten lo que quieran. Ya
nada me arredra. ¡Mil muertes
primero que un paso atras!

(*Vanse por donde Froila desapareció cuando bajó del muro.*)

ESCENA VI.

FORTUN. (*Cantando.*)

"¡Doncella, casada y viuda
en un dia, en un minuto!
Humo son, y polvo, y nada
los placeres de este mundo."

VELL. (*Dentro.*)
¡Muere, tirano!

REY. (*Dentro.*) ¡Ah... traidor!

(*Llega el rey mal herido, da algunos pasos apoyándose en su venablo, y cae sobre unas matas hácia la derecha, donde pueda ser visto desde el muro: al mismo tiempo aparece Vellido dirigiéndose por entre las peñas adonde está la escala. Lleva en la mano el venablo que bajó Froila del adarve.*)

ESCENA VII.

EL REY. VELLIDO. FORTUN.

VELL. ¡Don Sancho, descansa en paz!
REY. ¡Asesino!
VELL. Dame el nombre
que cumpla á tu voluntad.
Mi brazo ha sido instrumento
de la ira celestial.
REY. ¡Morir...! ¡Aqui... ¡Sin venganza...
¡Socorro...!
FORT. (*A Vellido.*)
Por san Millan,
apresuraos.
VELL. ¡Morir,
y morir en tierna edad,
y dar el último aliento
sobre inculto pedregal
el rey de tantas ciudades,
y por una eternidad
á Dios, corona, decir,
á Dios púrpura real!
(*Acaba de subir al muro, y desprendiendo Fortun la escala la arroja al monte.*)
REY. ¡Villano, líbrame al menos
de tu vista!
FORT. ¡Despachad!
Oirán sus gritos... Huyamos...
VELL. (*En lo alto del muro.*)
Maldice ahora, rapaz,
tu temeraria ambicion
y tu imprudencia fatal.
Mi mano purga á la tierra
de un monstruo de iniquidad,
y en tu corazon ahoga
la sed de sangre voraz,
y librando de tu saña
á la oprimida horfandad,

te entrega, precito rey,
á las garras de Satan.

ESCENA VIII.

EL REY.

¡Oh perfidia! ¡ Oh desventura...!
Y esta horrible soledad...
¡Castilla...! ¡Favor...

ORD. (*Dentro.*) Pie á tierra,
que alli no pueden llegar
los caballos.

REY. Siento pasos...
Sí.—Quien quiera que seais...

ESCENA IX.

EL REY. EL CID. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ. CABALLEROS. SOLDADOS.

(*Van llegando sucesivamente.*)

ORD. Sonoba una voz...

REY. Amigos
ó enemigos, ¡amparad
á un desventurado!

ORD. (*Acercándose.*) ¡Cielos!
¡Es el rey! ¡Herido está!

EL CID. (*Llegando con Alvar Fañez.*)
¿Qué decís! ¡Herido el rey!

REY. ¿Es Rodrigo de Vivar?

EL CID. Yo soy, señor. Socorredle...
Acudid...

REY. ¡Es tarde ya!

EL CID. ¡Oh infamia! ¡Oh traicion...!

REY. ¡Vengadme!—
Mi injusticia perdonad.

EL CID. Rey don Sancho, yo la olvido,
que erais bravo capitan

y escusaba vuestros yerros
inesperta mocedad.
Sí, yo os perdono. ¡Asi Dios
en su eterno tribunal
con misericordia os juzgue!
¿Mas cuál fue la mano audaz,
cuál fue la mano sacrílega
que hirió con dardo mortal
ese pecho valeroso?

REY. Mi funesta ceguedad...
Vellido Dólfos... Zamora
le acoge en sus muros...

ORD. ¡Ah!
Bien lo temia, que siempre
fue mi corazon leal.
¡No me creísteis, señor!
Partir en la oscuridad
solo con él... No quisísteis,
por mi mal y vuestro mal,
que os siguiera...

EL CID. Diego Ordoñez,
ya es inútil ese afan.
Pues salvarle no es posible,
procurémosle vengar.

CABALL. y SOLD. ¡Venganza! — ¡Venganza! — ¡Guerra!

VOCES. (*En la villa.*)
¡Al muro!

REY. ¡Dios de Abraham...

(*Suenan dentro voces é instrumentos de guerra, y va coronándose el muro de soldados.*)

SOLD. (*En el muro.*)
¡Traicion! ¡Al muro!

LOS DE ABAJO. ¡A las armas!

REY. ¡Tened... de mi alma... piedad!

(*El rey espira. Llegan al muro con otros caballeros y soldados Arias Gonzalo y Pedrarias.*)

ESCENA X.

EL CID. ORDOÑEZ. ALVAR FAÑEZ. GONZALO. PEDRARIAS. CABALLEROS. SOLDADOS.

GONZ. Antes que asalteis los muros,
si tanto osareis, aqui
morireis todos. ¿Asi
guardais la tregua, perjuros?

ORD. ¿Asi la guarda Zamora,
que sobre accion tan impía
con infame alevosía
nos viene á insultar ahora?

ALVAR. ¿Aún osa invocar la ley
el que á violarla se atreve?
Vuestra fue la mano aleve
que ha dado muerte á mi rey.

PED. ¡Muerto el rey!

EL CID. Traidora lanza
vertió su sangre.—¡Mirad!

(*El Cid, Ordoñez, Alvar Fañez y otros dos caballeros que rodeaban al rey se separan mostrando su cadáver á los del muro.*)

Y tan horrenda maldad
al cielo pide venganza.
En esa faz macilenta
que la muerte descolora
mirad, hijos de Zamora,
el sello de vuestra afrenta.
Paz os habia jurado,
y por Dios que me arrepiento,
mas ya me alza el juramento
ese cuerpo ensangrentado.
(*A Alvar Fañez.*)
Llevad de aqui sus despojos
donde yagan con honor.
¡Quizá en él su matador
recreando está los ojos!

(*Cuatro soldados retiran el cadáver del rey por la*

derecha. Le acompañan Alvar Fañez y otros caballeros.)

ESCENA XI.

EL CID. ORDOÑEZ. GONZALO. PEDRARIAS. CABALLEROS. SOLDADOS.

GONZ. Tambien cadáver le llora
quien vivo le combatió.
Si un traidor muerte le dió,
culpa al traidor, no á Zamora.
Tú me conoces, Rodrigo,
tú que en mas de una victoria
las fatigas y la gloria
partiste un dia conmigo.
Si la causa que defiendo
en este muro me encierra,
no soy yo quien de la guerra
la antorcha fatal enciendo;
y esta causa es harto bella,
aunque el Cid no lo confiese,
para que yo consintiese
tal borron echar en ella.—
Mas ¿quién sabe, noble Cid,
si en ese monte desierto
el rey de Castilla ha muerto
á traicion, ó en buena lid?
Si el golpe, en fin, fue traidor,
¿quién sabe si el asesino
del muro sitiado vino,
ó del campo sitiador?

ORD. Con odiosa villanía,
no lidiando en buena ley,
le han muerto, que el mismo rey
lo declaró en su agonía,
y el que su nombre infamó
con perdurable mancilla,
de los muros de esa villa
espía doble salió!

PED. Yo no aplaudo al homicida

ni defenderle procuro,
¿mas cómo al pie de este muro
perdió don Sancho la vida?
¿Qué cristiano pensamiento
de noche aqui le traía
cuando Zamora dormía
fiada en su juramento?
Decid que su mala estrella
le trajo á la perdicion;
que quien ama la traicion...
no es mucho que muera en ella.

ORD. No oseis injuriar su nombre
con sospechas temerarias.
Solo Dios juzga, Pedrarias,
los pensamientos del hombre;
mas la vil atrocidad
que Castilla en cara os echa
no es temeraria sospecha,
sino triste realidad.

GONZ. ¿Mas quién el trásfuga ha sido
y el traidor que nos infama?

ORD. Vellido Dólfos se llama.

(*Sensacion en el muro.*)

SOLD. y CABALL. ¡Vellido Dólfos!

OTROS. ¡Vellido!

PED. ¡El que hacia tanto alarde
de constancia y valentía
con tan negra felonía
mancha su mano cobarde!

GONZ. Si el agresor es Vellido,
dió, por cierto, brava muestra
de virtud.—Por dicha nuestra,
en Zamora no ha nacido.

PED. Ni es cómplice, no, la villa
del falaz aventurero:
por la fé de caballero
lo juro á Dios y á Castilla.

GONZ. Yo ignoro su fuga, conde,

y quién su espalda guardó,
y si está en Zamora, ó no,
y el lugar en que se esconde.

PED. Aunque le oculte el abismo,
yo respondo...

GONZ. Haceis muy mal.
Bastante hará cada cual
en responder de sí mismo.
Si el delito ve probado,
Zamora sabrá muy bien,
sin que lecciones la den,
lo que ha de hacer del culpado.
Ella el premio y el castigo
se reserva de un vasallo,
y no ha de dictar su fallo
la lanza del enemigo.
Al que su nombre desdora,
que al mas alto nombre igualo,
asi responde Gonzalo,
asi responde Zamora.

EL CID. ¿Asi Zamora responde?
¿Eso dice su caudillo?
Pues oidme, zamoranos,
y Dios me sea testigo.
Quien duda culpar á un reo
de traicion y regicidio,
quien en vez de perseguirle
le da proteccion y asilo,
no está lejos ya de ser
cómplice de su delito.
Si el delito es evidente,
lo diga el cadáver frio
del malogrado monarca,
que dando el postrer suspiro
en mis brazos pronunció
el nombre del asesino;
don Diego Ordoñez lo diga,
y Alvar Fañez, mi buen primo,
y esos nobles caballeros...,
y dígalo en fin yo mismo,

que no ha menester probanzas
lo que afirma don Rodrigo.
Si quiere lavar Zamora
el borron que la ha caido,
y no quiere ser de España
mengua, escándalo y ludibrio,
antes que el naciente sol
esconda en el mar su brillo,—
que mañana será tarde;
lo juro á Dios uno y trino,—
sobre el matador aleve
y sus cómplices inicuos
caiga en justa expiacion
el acerado cuchillo.
Si tal no haceis; si hoy no veo
la cabeza de Vellido
sobre una almena clavada,
pasto de buitres carnívoros,—
¡oid, oid!—yo os declaro
villanos y fementidos,
sin Dios, sin ley, sin honor
y ruines como judíos.
Yo, Rodrigo de Vivar,
á todos os desafio,
á pie, á caballo, en el campo,
en el muro, en todo sitio,
uno á uno, ciento á ciento...,
ó yo solo contra cinco.
A tí el primero, Gonzalo,
y á los que de tí han nacido,
y á cuantos cobran tu sueldo,
deudos parciales y amigos;
y á todos los de Zamora,
ancianos, mozos y niños,
al pechero y al hidalgo,
y á los pobres y á los ricos,
y á sus hijos, y á sus nietos,
y á los nietos de sus hijos,
y hasta á las mieses del campo
y hasta á los peces del rio;

y no comeré á manteles
ni bajaré del estribo,
ni rasuraré mi barba,
ni mudaré de vestido
hasta que caiga en cenizas
Zamora con su castillo,
y en sus ruinas solitarias
ni fieras busquen abrigo,
y horror y escarmiento sean
á los venideros siglos.

ESCENA XII.

GONZALO. PEDRARIAS. CABALLEROS. SOLDADOS.

PED. ¿Qué hareis...
GONZ. Cumplió su deber.
Yo sabré cumplir el mio.
(*Baja á la villa con Pedrarias y los caballeros. Los soldados le siguen en tumulto.*)
SOLD. ¡Sálvese Zamora!
OTROS. ¡Caiga
el traidor!
OTROS. ¡Muera Vellido!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

VELLIDO. RAMIRA.

RAM. ¡Tan presuroso, Vellido,
y cuando empieza á lucir
el sol apenas! ¿Qué nueva...
VELL. Feliz, Ramira, feliz,
y no lo debes dudar,
pues á Zamora volví.
RAM. ¡Nuncio de nueva dichosa,
y en vez de alzar la cerviz
con orgullo y regocijo
cual vencedor adalid,
mortal palidez te cubre
y abatido, inquieto...
VELL. Sí.—
La fatiga, el sueño...
RAM. ¿Acaso...,
no lo ocultes, de la lid
vienes herido? Tu sangre...
VELL. No; mi sangre no vertí,
ni impelido cual solía
por el eco del clarin,
ha combatido mi brazo
con esfuerzo varonil.
Aqui, dentro de mi pecho,
no fuera del muro, aqui
la lid está; ¡y cuán horrible!
RAM. No sé qué pensar. Si al fin
la nueva es feliz...

VELL. ¡No he dicho
que lo sea para mí!
La reina triunfa; Zamora
sin miedo á yugo servil
ya respira, y sonarán
cantos de alegre festin
donde las sierpes rugían
de la discordia civil;
mas yo, Ramira, que en hora
maldita de Dios nací,
entre tantos venturosos
¡yo solo seré infeliz!

RAM. ¿Por qué?

VELL. ¡No me lo preguntes!

RAM. ¿Eso merezco de tí?

VELL. ¡La reina...! Verla deseo.—
Pero en lecho de marfil
dormirá...

RAM. ¡Cómo te engañas!
¿Puede tranquilo dormir
quien siente acosado el pecho
de mil zozobras y mil?
Ansiar el albor del dia
una y otra vez la oí,
y mas que ella perezosas
fueron al verle venir,
las palomas en la torre,
las flores en el jardin.

VELL. ¡Velaba tambien la reina!
Decidme, oh cielos, decid
si algun recuerdo... ¡Ah! Perdona,
perdona mi frenesí.

RAM. ¡Vellido!

VELL. Llámala presto,
Ramira.

RAM. ¿Y... puedo pedir
albricias...

VELL. No sé.

RAM. (¡Qué estraño
misterio...) Espérala aqui.

ESCENA II.

VELLIDO.

¡Crueles remordimientos,
de mi corazon hüid!
Él merecia la muerte;
yo su destino cumplí...
y el mio. ¡Murió! ¿Qué importa
si le dió muerte el ardid
ó el valor? Era enemigo.
Si aleve en matarle fuí,
no lo fue menos don Sancho
cuando la codicia vil
ahogó la voz de la sangre
en su corazon. ¡Hüid,
remordimientos! ¿Acaso
ha armado mi brazo el ruin
interés? No. Me animaba
pasion mas noble.—Es pueril
mi escrúpulo. Los tiranos
siempre murieron asi.

ESCENA III.

DOÑA URRACA. VELLIDO. RAMIRA.

D.ª URR. Bien venido seais, valiente Dólfos.
VELL. Vuestros pies...
D.ª URR. Levantad. En este alcázar
no tan presto creí tornar á veros;
mas, si mi fiel Ramira no me engaña,
pues nuncio sois de venturosa nueva,
bien en dármela haceis tan de mañana.
VELL. Corona y vida prometí salvaros;
se ha cumplido, señora, mi esperanza.
Libre sois. Los armados escuadrones
que cercaban ayer estas murallas
respetarán de hoy mas vuestros derechos;

que culpable ambicion, fraterna saña
harto tiempo, con gozo del alarbe,
mancillaron la gloria castellana.

D.ª URR. ¿Será verdad? ¡Oh Dios! Tanto prodigio
no acierta á concebir absorta el alma.
¿Qué potestad del cielo os ha inspirado?
¿Qué virtud es la vuestra sobrehumana
que dentro de aquel pecho empedernido
mas prestigio ha tenido que mis lágrimas,
mas poder que el instinto de la sangre
y el alta voz de la justicia santa?
¿Cómo en las aras de la paz hermosa
Sancho depone la iracunda lanza?

VELL. No le hablé yo de paz; que harto sabia
á qué precio, señora, os la otorgaba;
y paz tendreis, pero á despecho suyo.

D.ª URR. ¿Será que en mi defensa se declaran
Diego Ordoñez..., el Cid...

VELL. Solo á mi brazo
y al cielo que protege vuestra causa
trono debeis y libertad y vida.

D.ª URR. Mi asombro hacen mayor esas palabras.
¿Habeis vencido á la contraria hueste?
¿Cómo pudísteis á tan grande hazaña
dar cima... solo vos? ¿Cómo Zamora
en gritos no prorrumpe de alabanza
y gloria al vencedor?

VELL. ¡Gloria á su reina!
Yo no tengo derecho á reclamarla.

D.ª URR. ¡Ah! ¿Qué decís, Vellido?

VELL. La victoria
tal vez, señora, sin lidiar se alcanza.
La suerte de los pueblos y los reyes
no siempre se decide en las batallas.

D.ª URR. ¿Qué habeis hecho? ¡Acabad!

VELL. Salvaros.

D.ª URR. ¿Cómo?

VELL. Dando la muerte á quien la vuestra ansiaba.

D.ª UR. ¡La muerte! ¿A quién? ¡Oh Dios...! ¿Será posible...

VELL. Verdugo mas que hermano...

D.ª URR. ¡Ah! ¡Calla, calla!
¡Sancho infeliz! ¡Le has muerto, fementido,
y del golpe sacrílego te jactas,
y vienes á anunciarme su agonía,
y á tanto llega tu cruel audacia
que su sombra y mi llanto escarneciendo
llamas verdugo al que alevoso matas!

VELL. ¿Fuí yo el primero por ventura, oh reina,
que ese nombre le dí? ¿Fue mi venganza
la que juré, ó la vuestra? En ese labio
¿no resonó fatídica, sagrada
la voz de maldicion? Y maldecirle
¿no era abrir á mi acero sus entrañas?

D.ª URR. Si ciega le maldije en mi despecho,
no imaginé que un tigre me escuchaba.
Quejarme yo de injusta tiranía,
llorar con amargura mi desgracia,
no era pedir su muerte. Si el delirio
de una triste muger desesperada
recuerdas, hombre atroz, ¡ay! ¿cómo olvidas
que esa triste muger era su hermana?
¿Cómo olvidaste en el combate horrible
que era mi sangre la que alli brotaba?

VELL. Juré su muerte, y al cumplir mi voto
yo no vi ni un hermano ni un monarca;
vi solo un enemigo de mi reina.—
Y no lidiando con iguales armas,
y en campo abierto, y á la luz del dia,
y rostro á rostro le mató mi rabia;
que afianzar vuestro solio con su muerte,
no laureles ni aplausos codiciaba.
¡Me llamarán cobarde y asesino!
¿Qué importa? Con morir en la demanda
nada hacia por vos. Cierto era el triunfo
inmolando mi honor en vuestras aras.

D.ª URR. ¡Oh insensato Vellido, y yo mil veces
mas demente que tú! ¡Fatal, aciaga,
la hora en que te vi! ¡Monstruo! Si tanto
te gozas en la sangre que derramas,
digna es tambien de tu valor mi muerte.

Hunde en mi corazon la infame daga.

VELL. ¡Oh! ¿Qué decís! ¡Sobre mi frente odiosa
del cielo vengador el rayo caiga;
que no será á mis ojos tan terrible
como ese llanto que los vuestros baña;
como esa indignacion que es mi suplicio
y con tardo pesar me quiebra el alma!
Sí; monstruo soy atroz, abominable.
La venda de mis párpados se rasga.
No es disculpa á mi bárbara fiereza
la funesta pasion que me avasalla,
ni mi fé, ni mi anhelo de serviros;
no; vos me condenais, y eso me basta.
¡Miserable de mí, que desde el lodo
levanté á vuestro solio temeraria
la frente, y no cegué! ¡Desventurado,
que como ángel del cielo os adoraba,
y altivo y deslumbrado con la vuestra
osé medir mi condicion villana!
¡Maldito yo que á un alma generosa
cual grato don el crimen y la infamia
pude ofrecer! ¡Remordimiento horrible
mi corazon corroe y despedaza!
¡Y en justa expiacion de mi delito,
sola una vida de baldon cargada
os puedo dar! ¡Oh sol, ¿por qué me alumbras!
¡Oh tierra, ¿por qué sufres de mi planta
la huella criminal! ¡Oh infierno, infierno,
¿por qué tu negro abismo no me traga!

D.ª URR. ¡Aun me harás, malhadado, si te escucho,
tener de tí misericordia! Aparta.
¡Tu vista es mi tormento!
(*Suena vocerío confuso á lo lejos.*)

RAM. (*Acercándose á una ventana.*)
¿Oís, señora...?
Suenan gritos. La villa amotinada...

D.ª URR. ¡Cielos...!

VOCES. (*Dentro.*) ¡Muera el traidor! — ¡Vellido muera!

VELL. ¡Yo te bendigo, celestial venganza!

D.ª URR. ¡Ah! ¡Perdida mi villa...! El enemigo...

RAM. (*Asomándose á la ventana.*)
No temais, que la enseña zamorana
en los muros ondea.
VOCES. (*Mas cerca.*) ¡Muera Dólfos!
VELL. Sí; daré á vuestros filos mi garganta.—
¡A Dios quedad, oh reina! ¡Mi cadáver
ludibrio sea de la plebe insana
y cebo de las aves carniceras
sus miembros insepultos!
D.ª URR. ¡Tente! ¡Aguarda!
Quizá mas delirante que perverso...
VELL. ¡No! Indigno de perdon...
RAM. Si de este alcázar
salir te viera el vulgo fascinado,
quizá á la reina cómplice juzgara.
VELL. ¿A la reina? ¡Jamas!
D.ª URR. Cesa el tumulto...
VELL. ¿Y qué dirá si su piedad me salva?
RAM. Entraste sin ser visto. Hay un secreto
postigo... El oro comprará á los guardas.
D.ª URR. Hüid. ¡No me perdais! Hüid; salvaos,
¡pues asi lo ha querido mi desgracia!
VELL. ¡Oh! ¡Dejadme morir!
D.ª URR. Idos. Lo ordeno.
AELL. Mi voluntad fue siempre vuestra esclava.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA.

Sí; el fatal desvarío de su mente
al crimen le arrastró.—Y acaso incauta
yo agucé su puñal. ¡Tanto la ira,
y tanto el necio orgullo me cegaban!
¡Ay trono! ¡Ay corazon...! ¿Por qué en tu fondo
recelo penetrar?—Oigo pisadas...
Todo me hace temblar.—Aqui se acercan...
GONZ. (*A la puerta.*)
¿Dais licencia, señora?
D.ª URR. Entrad, don Arias.

ESCENA V

DOÑA URRACA. GONZALO. PEDRARIAS. CABALLEROS.

GONZ. ¿Sabeis que el rey vuestro hermano
es cadáver?
D.ª URR. ¡Ay! Lo sé.
GONZ. ¿Sabeis, señora, que fue
muerto por traidora mano?
D.ª URR. Ramira me daba ahora
la nueva infausta, y mi duelo...
GONZ. Justicia demanda el cielo;
justicia pide Zamora.
D.ª URR. Pero la pide en tumulto,
y mientras yo reine aqui
nada alcanzarán de mí
la amenaza y el insulto.
GONZ. Si el pueblo en ira se inflama
contra el feroz regicida,
en ello le va la vida
y con la vida la fama.
Para calmar su furor
yo le he jurado, y no en falso,
que hoy rodará en el cadalso
la cabeza del traidor.
D.ª URR. ¿Y quién el traidor ha sido?
GONZ. ¿Lo podeis vos ignorar
cuando el clamor popular
culpa y condena á Vellido?
Sabeis que Sancho murió,
llorando estais su agonía;
¿y no sabeis todavía
la mano que le mató?
¿Eso, señora, responde
vueseñoría á mi fé,
cuando el traidor, —yo lo sé—,
en este alcázar se esconde?
D.ª URR. ¿Qué decís, Arias Gonzalo!
¿Me juzgais cómplice vos

de ese hombre...

GONZ. Líbreme Dios
de pensamiento tan malo.
Contra el fallo de Zamora,
que no osó esperar tranquilo,
pudo aqui tomar asilo
sin dársele vos, señora.
En nombre, no de esa grey
cuyo grito no me espanta,
bien que en razon lo levanta,
sino en nombre de la ley,
os demando el criminal;
y advertid que yo no soy
el que este nombre le doy:
se lo ha dado el tribunal;
que, aunque detesto á Vellido,
hasta probar su mancilla
contra Zamora y Castilla
le hubiera yo defendido.
Mas ya entre cadenas gimen
maldiciendo su destino
y llamándole asesino
dos cómplices de su crimen;
y, pues le acusa la ley,
por la ley clamo yo ahora...,
¡y no fue el muerto, señora,
ni mi hermano ni mi rey!

D.ª URR. Humillarme el rey queria
bajo su yugo opresor,
y si hoy fuera vencedor
piedad de mí no tendria;
mas yo le olvido tirano
y desgraciado le lloro,
y al cielo por él imploro;
porque al fin era mi hermano.
En rescate de su vida
daria mi vida yo;
que á mi corazon llegó
la aleve punta homicida;
mas si el reo, aunque inhumano,

invocando mi piedad
se acoge á la inmunidad
de este alcázar soberano,
¿será justo que mi encono...

GONZ. Sí; que la ley le ha proscrito,
y no hay fuero á su delito
ni en el sagrado del trono.

D.ª URR. Quizá perdió la razon,
y frenético en mal hora
vió la salud de Zamora
donde ella ve su traicion.
Vos, don Gonzalo, vos mismo
le acusabais de demencia,
¿y no es digno de clemencia
si su ciego fanatismo...

GONZ. ¡Oh...! No prosigais, por Dios,
y si piedad tan funesta
ha de ser vuestra respuesta...,
yo responderé por vos.
Yo con mi noble hidalguía
cubriré vuestra flaqueza;
yo que ofrecí una cabeza...
daré al verdugo la mia.

D.ª URR. ¡Vos, tan leal caballero,
vos, prez y honor de Castilla!
¡Vos... ¡Ah! La horrible cuchilla
caiga en mi frente primero.

PED. Yo no he de sufrir, señor,
ni remedia nuestro mal
que la sangre del leal
redima la del traidor.
¿Olvidais que airado el Cid,
si hoy no castiga la ley
al asesino del rey,
nos provoca á horrenda lid?
Esa sangre que sin tasa
dais por el honor ageno,
la reclama á vuestro seno
el honor de vuestra casa.
Morid, mas lidiando sea;

muramos todos con vos;
mas no digan ¡vive Dios!
que escusamos la pelea.
Asi lavará la villa
el borron que la desdora;
solo asi podrá Zamora
dar un mentís á Castilla;
y pues menos mereció
que merece un parricida,
caiga, perezca vencida;
pero deshonrada, no.

D.ª URR. Mi causa á la suya uní,
y en esta fatal querella
¿qué mancha caerá sobre ella
que no caiga sobre mí?
No; yo no quiero la muerte
de ese pueblo honrado y fiel
y sabré morir con él
si asi lo ordena la suerte;
mas ¡ay! si pudierais ver
mi ulcerado corazon,
os moviera á compasion
esta mísera muger.
¡Ah Dólfos...! ¡Su atroz delirio
no vísteis cual yo le ví;
vos no le oísteis aqui
pedir con ansia el martirio,
y en su infausta ceguedad
aplaudirse de la horrenda
traicion, y llamarla ofrenda
de amor y fidelidad!
¡Huye, le dije, insensato!
Bañada en tu sangre impía,
mi mano se mancharia
con mas vil asesinato.

GONZ. ¡Traidor cobarde! ¡Y burló
la humana justicia asi!
¡Y huyó...

ESCENA VI.

DOÑA URRACA. VELLIDO. GONZALO. PEDRARIAS. RAMIRA. CABALLEROS.

VELL. De la reina, sí;
pero de Zamora, no.
(*Murmullo de sorpresa é indignacion entre los caballeros.*)
PED. ¡Vellido!
VELL. Sí; Vellido. ¿Qué os admira?
Quien provocar ha osado la del cielo
no teme, zamoranos, vuestra ira.
Hé aqui la aleve mano
que hizo lanzar de la agonía el grito
al infeliz monarca castellano.
Cuál fuera la ocasion de mi delito,
cuál fuera mi designio ó mi esperanza,
solo á Dios lo diré compareciendo
de su justicia al tribunal tremendo
que á todos pesa con igual balanza.
Bástele al mundo que mi propio labio
me acuse de traidor y parricida
y de la ley ofrezca en desagravio
mi miserable vida,
¡de mí mas que de nadie aborrecida!
Pero ¡oid!, que solemne es el acento
de hombre que va á morir, siquiera sea
el mas vil de los hombres. Ya, sediento
de sangre y de venganza,
el corazon dañado
mi brazo armase de traidora lanza,
ó ya de mi razon el desvarío
al crimen me arrastrase mal mi grado;
ese crimen horrible es todo mio.
Y esa piedad augusta
que al cieno descendió de mi deshonra,
á otro crimen la debo, á mi falacia;
que con el velo de lealtad mentida

y el llanto seductor de la desgracia,
para engañar á un ángel soberano,
osé cubrir la sangre de mi mano.
¡Mano de maldicion, mano execrable!
Sola tú sin horror y sin afrenta
y con golpe mas hondo y mas seguro
puedes herir mi corazon impuro.
¡Reina! ¡Zamora! ¡Rey...

(*Saca rápidamente un puñal, se hiere y Ramira le sostiene.*)

Ya os he vengado.

RAM. ¡Gran Dios!

GONZ. ¡Maldito mueras!

D.ª URR. (¡Desdichado!)

FIN DEL DRAMA.

3 0112 117467313

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana.....	*Urban Ramos.*
Cadiz.....	*Hortal y compañia.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*
Granada.....	*Sanz.*
Valencia.....	*Mallen.*
Coruña.....	*Perez.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Santander.....	*Martinez.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Salamanca.....	*Moran.*
Málaga.....	*Carrera.*
Murcia.....	*Benedicto.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Córdoba.....	*Berard.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.....	*Cabrera.*
Jerez.....	*Bueno.*
Palencia.....	*Pastor.*